

SAUVY, Alfred: *La opinión pública*. Oikos-Tau. Colección «Qué sé», número 15. Traducción española de R. Mazo. Barcelona, 1970. 127 págs.

El libro del profesor Sauvy *L'opinion publique*, en su original francés de la colección «¿Que sais-je?», es todo él un agudo y documentado estudio socio-político de la opinión pública dividido en doce capítulos, en los que empieza por exponer un concepto revisado y depurado de algunos «errores» de lo que es la opinión pública.

La expresión «opinión pública»—dice el autor, profesor del Colegio de Francia—evoca con facilidad la noción de democracia y liberalismo, identificándola algunos con el régimen de democracia occidental por contraposición al gobierno autónomo o totalitario. No cabe duda que la opinión pública es un árbitro, una conciencia, un tribunal temible, aunque esté desprovisto de todo poder jurídico. La opinión pública es «el fuero interno de una nación», es una «fuerza anónima» a menudo una fuerza política, no prevista por ninguna constitución.

La opinión pública, esa «fuerza misteriosa», debe tener un punto de apoyo, es decir, una resistencia, una cierta oposición; es necesario para que se pueda hablar verdaderamente de opinión pública que «exista una resistencia eficaz o, al menos, posible». Y esta resistencia, esta oposición, son, a menudo, «el Gobierno, el Parlamento o las autoridades quienes la constituyen; al menos se trata de vencer su inercia, estimular su energía, solicitada por todas partes». Pero no se trata—advierte el autor—de un sufragio popular, porque «la opinión pública no es necesariamente el resultado de opiniones individuales, ni siquiera de la mayoría de ellas, en relación a un tema determinado».

Distingue Sauvy cuatro formas de opinión: la expresada claramente, a veces anunciada con estruendo; la opinión oral—a veces rumor—: el sufragio universal, referéndum o encuesta de opinión sin obligación, y el referéndum o la encuesta con voto obligatorio. La opinión pública corresponde a las dos primeras y está, por ello, muy lejos del sufragio popular. A veces, algunos grupos más o menos restringidos o simples individuos que disponen de medios de expresión poderosos—prensa, radio, etc.—constituyen la opinión pública si estas voces son relativamente coherentes.

Distingue también el autor entre «opinión permanente» y «corriente de opinión». Las primeras son actitudes clásicas, tales como la oposición al sistema de contribuciones fiscales o a la burocracia. Son tan conocidas que «investigarlas no tiene la menor utilidad». Pero las *corrientes de opinión* son, a veces, de tal importancia que los hombres que participan activamente en la vida pública deben ser advertidos rápidamente de ellas, si no para seguirlas ciegamente, al menos para estar prevenidos o incluso preparados contra ellas. «Querer gobernar a los hombres sin tener en cuenta su opinión daría, incluso a un hombre seguro de estar en posesión de la razón, el sentimiento de estar equivocado». Sabio consejo de prudencia política éste del profesor francés.

La «opinión pública» o simplemente la «opinión» se entiende en un sentido nacional, y cuando los puntos de vista están divididos se puede hablar de opiniones parciales, de partido, de clases, de región, etc. Pero

existe también, en ciertas circunstancias, una *opinión pública mundial* que, como la nacional, ha de ser coherente y disponer de un punto de apoyo. Cada día somos testigos de nuevos campos de «opinión mundial» ante hechos rápidamente difundidos y fomentados por los medios de comunicación (opinión mundial anticolonialista, antirracista, antibelicista, etcétera).

Hace el autor un fino análisis de *los sentimientos y la razón*—que es el contenido del capítulo II del libro—que es un estudio de psicología colectiva, en el que el profesor Sauvy va exponiendo cómo las opiniones y actitudes de los individuos no se identifican ni con la opinión ni con la actitud del conjunto de estos individuos reunidos. También la opinión pública abierta y declarada puede diferenciarse de la opinión profunda, que sólo es descubierta por métodos de investigaciones especiales. El «motor sentimental», el «humor y las canciones» y otros factores psicosociales juegan no pequeño papel en la opinión pública. ¿Será por ello la opinión pública «la gran irrazonable, la loca del lugar, la apasionada que, considerada siempre como sospechosa, se verá enfrentada a fríos y doctos pensadores»? De ninguna manera—dice—, sino que «en muchos casos sus movimientos se orientan en el sentido de una justicia, de una humanidad, que los grupos dominantes, los gobernantes, parecen olvidar».

Interesante es la «formación de la opinión» mediante «informaciones y noticias» que, con frecuencia, aparecen deformadas por desviaciones sentimentales o pasionales o por los intereses de quienes «forman» una opinión al servicio de sus fines (grupos, partidos, particulares), haciendo jugar las cifras y las estadísticas, paradójicamente tan inseguras. ¿Y cómo conocer la opinión? Si se trata de la que el autor llama opinión «claramente expresada», ésta se da a conocer a veces «con estruendo». Para conocer la opinión profunda de los individuos se emplean las «encuestas de opinión», que suelen versar sobre problemas generales (a menudo políticos) o sobre aspectos políticos particulares (problema de la vivienda, enseñanza, sanidad, salarios, previsión) y hasta sobre el consumo de tabaco y otros de menor entidad.

Referidas principalmente a Francia, estudia el autor «las grandes corrientes de opinión entre las dos guerras» y «las grandes corrientes de opinión en Francia desde 1939». Los problemas de la guerra, armisticio y ocupación; racionamiento y dirigismo; las guerras coloniales (de Indochina y después Argelia); natalidad, juventud; inflación y estabilización económica; integración en grandes alianzas, etc., han sido otros tantos importantes problemas que han creado esas «grandes corrientes de opinión».

Y lo mismo ha sucedido en todo el mundo. «Las grandes corrientes de opinión en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial» son, naturalmente, menos generalizadas y menos acentuadas que en el contexto de una nación. Y no es sólo cuestión de dimensión, sino de homogeneidad. Por eso las corrientes mundiales de opinión «afectan solamente a aquellas fracciones que en diversos países observan tendencias análogas o tienen una ideología común». Señala el autor la destalinización que, tras la celebración del XX Congreso del Partido Comunista en 1956,

produjo un cambio de opinión manifestado en un «endurecimiento de los adversarios», en una «suavización hacia los partidarios» y la «captación de los tibios del campo adverso», todo lo cual produjo el *oscurecimiento* en el espíritu de los más adictos. Los acontecimientos de Checoslovaquia en 1968-69 desplazaron la cuestión colocándola en un cuadro más actual. También se produjo en el mundo un cambio, un doble movimiento de opinión respecto al problema de la población mundial y de los pueblos subdesarrollados—los países del Tercer Mundo—con vivas polémicas en los organismos internacionales. El colonialismo creó otra fuerte corriente mundial de opinión, gracias a la cual—más que a la justicia que postulaba su desaparición—fueron consiguiendo la independencia multitud de pueblos que, de otro modo, no la habrían obtenido. La guerra del Vietnam y el problema estudiantil han sido los dos mayores propulsores de un «estado de opinión» que, al igual que los anteriores, han movilizado en vivas y animadas polémicas de todo orden a bandos divididos entre sentimientos opuestos de crítica y repulsa o de adhesión y comprensión.

En un régimen democrático la opinión pública es sensible y temerosa ante un poder oculto, real o supuesto (eminencia gris, mafia, trust, etc.), y este temor permanente se transforma en creencias bajo formas que varían según el tiempo. Hoy el hombre contra el que se apunta es, sobre todo, el *tecnócrata*, por el que, en un sentido peyorativo, se entiende el técnico que domina la política, imponiendo puntos de vista que lo más corriente es que sean «abstractos e inhumanos»; o, en otras ocasiones, la expresión es mucho más ambigua y adquiere un aire de misterio que contribuye mucho a su gran éxito. Y si una tradicional opinión conservadora se pronuncia en favor del gobierno de los «técnicos», el «error—dice Sauvy—es manifiesto». Porque los técnicos «deben esclarecer la política, pero no dirigirla». Esto no quiere decir que no sea una ventaja que un político tenga conocimientos técnicos, pero éstos «no deben determinar su elección para el cargo político», y, en definitiva, debe ser la autoridad política la que ordene y se sirva de las medidas técnicas apropiadas, ya que la técnica por sí sola no será nunca lo bastante precisa para determinar las diversas acciones que se han de adoptar para alcanzar un objetivo determinado, sino que la sociedad se fija siempre diversos objetivos, en parte contradictorios, y que requieren un arbitraje esencialmente político.

Pero la opinión pública es tan poderosa que «son numerosos los esfuerzos que se realizan para doblegar su juicio en cualquier tipo de cuestiones: económicas, religiosas, políticas, etc.». Por eso el autor dedica un capítulo del libro—el XI—a la *Acción sobre la opinión. La propaganda*. Porque la información y la instrucción constituyen el medio clásico para influir sobre la inteligencia. La publicidad comercial y la propaganda política son, para nuestro autor, «dos formas de acción sobre la opinión». La propaganda profesional y la acción que ejercen los grupos profesionales sobre la opinión tienen su más fuerte expresión en los «grupos de presión», aun cuando esta expresión no se aplica únicamente a los grupos profesionales; tampoco la acción de los grupos de presión sobre la opinión ha de ser obligatoriamente peyorativa, como lo demuestra la existencia de grupos de presión para la defensa de los hombres de color, las asociaciones contra el alcoholismo, la defensa de la enseñanza, etc.

La propaganda política ejerce gran influencia sobre la opinión, incluso fuera del período electoral, por la actividad de los partidos políticos, utilizando los medios corrientes de la propaganda y la acción sugestiva de los símbolos, insignias, banderas, himnos, saludos, etc.

En un capítulo final, *La información y la democracia*, el profesor Sauvy hace unas breves y atinadas comparaciones entre la información en los países democráticos (libertad de prensa y, como consecuencia, variedad de publicaciones) y la información comunista (establecimiento de una verdad preconcebida: la verdad «oficial»).

Termina el libro con una «visión de conjunto y conclusión» en las que el autor da un juicio sobre el papel de la opinión pública en la sociedad, afirmando que en la democracia occidental «los gobernados deben exteriorizarse», ya que los poderes públicos «no han recibido del cuerpo electoral suficientes indicaciones para decidir en relación con los diversos problemas que se plantean». Por eso en ningún país los gobernados se resignan a no tener una participación entre dos consultas electorales. Y un Gobierno o Parlamento que actuara sin conocer la opinión de los gobernados «correría el peligro no sólo de cometer actos que no serían aprobados, sino de dictar leyes o decretos que no podrían ser aplicados».

Es indispensable, pues, conocer la opinión de los gobernados y un mínimo de consentimiento por parte de éstos, sobre todo para la política interior. Claro que el problema está en saber si esta opinión está bien manifestada y es bien conocida; de aquí la importancia de la información y de que ésta no sea deformada por una propaganda partidista. Y aun cuando el Gobierno no esté obligado jurídicamente a dar cuentas a la opinión, no puede, sin embargo, despreciar totalmente su parecer. Los riesgos son evidentes y peligrosos y debe, por ello, explicar sus actos y hacer públicas las necesidades de interés general. Es necesaria la comunicación, puesto que la sociedad no puede vivir en una relativa armonía si no existe, entre los diversos grupos y sobre todo entre los antagonistas, «la mayor comunicación posible».

Sólo a este precio puede formarse útilmente una opinión pública.

Son notables estas reflexiones de filosofía política que hace el docto profesor Sauvy y que nos recuerdan las que hace muchos siglos hiciera San Isidoro respecto a las condiciones que había de tener la ley positiva humana, o las que más tarde Santo Tomás y Suárez llamarían la *consideratio diversarum circumstantiarum*, o las exigencias que nuestros autores de la escuela del Derecho natural y de gentes postulan para una auténtica y buena democracia, sin que por ello convirtieran al pueblo, a la opinión pública sin más, en creadores del Derecho y de la autoridad.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

SWEETZ, Paul M., y BETTELHEIM, Charles: *Letres sur quelques problèmes du socialisme*. F. Maspero. París, 1970. 64 págs.

M. Sweezy, Director de la *Monthly Review*, publicó en esta revista, en octubre de 1968, un artículo sobre los problemas actuales del socia-